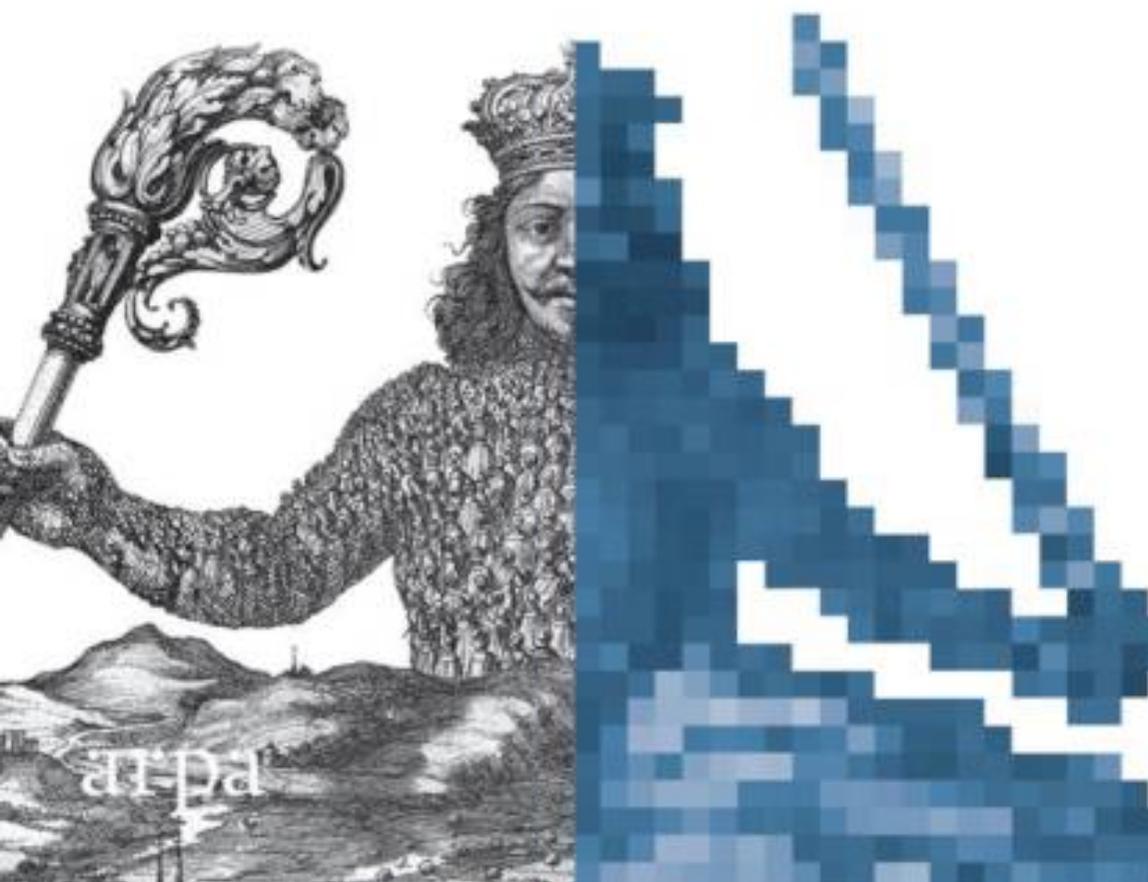


José María Lassalle

Ciberleviatán

El colapso de la democracia liberal
frente a la revolución digital

Prólogo de Enrique Krauze



© del texto: José María Lassalle, 2019
© del prólogo: Enrique Krauze, 2019
© de esta edición: Arpa & Alfíl Editores, S. L.
Manila, 65 – 08034 Barcelona
arpaeditores.com

Primera edición: mayo de 2019

ISBN: 978-84-1763-25-8
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Anna Juvé
Maquetación: Àngel Daniel

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida, almacenada o transmitida
por ningún medio sin permiso del editor.

José María Lassalle

CIBERLEVIATÁN

El colapso de la democracia liberal
frente a la revolución digital

ÍNDICE

Prólogo de Enrique Krauze.
Por un liberalismo tecnológico

Una introducción necesaria

1. *Data tsunami*

2. Cuerpos en retirada

3. Libertad asistida

4. Algoritmo-ley sin Ley.

5. Esperando a los robots

6. El Ciberleviatán en marcha

7. Sublevación liberal

Notas

Para Gisela, naturalmente

ENRIQUE KRAUZE

POR UN LIBERALISMO TECNOLÓGICO

Como un Orwell del siglo XXI, como un liberal que ha comprendido las nuevas dimensiones del «Gran Hermano» en nuestra era vertiginosa y atroz, José María Lassalle ha escrito un libro profético, en el antiguo sentido de la palabra: una condena, una advertencia, una visión. *Ciberleviatán*, como su título indica, habla de una nueva y desconocida dictadura que se vislumbra en el futuro cercano, una variante del totalitarismo que apenas imaginaron los grandes autores del siglo XX. Pero ese orden aterrador tiene, a su vez, raíces en el pasado.

A principios del siglo XIX, un gran movimiento de artesanos ingleses se armó contra las máquinas movidas a vapor que amenazaban con desplazarlos de sus empleos en las fábricas textiles. Eran los llamados «luditas». El tiempo mostró que sus temores habían sido infundados. De hecho, la progresiva tecnificación del trabajo manual —agotador, rudo y repetitivo— propició una significativa liberación de los obreros: jornadas laborales más cortas, puestos de trabajo más calificados y mejor remunerados, expansión de la economía hacia proyectos que aprovecharon necesidades nuevas o distintas, y que finalmente crearon un mayor número de plazas de trabajo.

Hoy en día, un temor parecido al de aquellos luditas comienza a extenderse en nuestras sociedades. Esta vez no es la máquina física sino la máquina informática la que amaga con dejar sin ocupación a millones de personas, cuyas labores se tornan innecesarias o irrelevantes debido a la cre-

ciente digitalización, al trabajo a distancia, a la economía colaborativa apoyada en la tecnología digital y, en el futuro inmediato, por la inteligencia artificial (IA).

La IA está reestructurando la vida humana de maneras inimaginables. Con ella, inclusive ciertas ocupaciones en las que damos por indispensable la capacidad intelectual y emocional humana terminarán por extinguirse, reemplazadas por sistemas increíblemente complejos capaces de emularla. Eso hace muy distinta nuestra situación a la de hace dos siglos: esta vez la máquina será capaz de reemplazar del todo al ser humano con sus capacidades físicas y cognitivas, y con ello podría privar sin remedio a un altísimo porcentaje de la población de la experiencia laboral, que ha sido elemento esencial en la identidad humana.

Esta y otras cuestiones afines relacionadas con la revolución digital en la que estamos inmersos son el tema de *Ciberleviatán*. Estudioso del liberalismo, experto en John Locke, pensador, escritor, académico, hombre de notable lucidez y originalidad, Lassalle ahonda en esas cuestiones no solo desde el conocimiento de la materia (fue secretario de Estado para la Sociedad de la Información y la Agenda Digital), sino desde su convicción liberal. Es por ello que el grueso de esta obra se enfoca en una preocupación mayor, cuya importancia ha pasado casi inadvertida aún para aquellos que participan más activamente de los modernos desarrollos cibernéticos: la tecnología que estamos construyendo, sin ser por sí misma buena o mala en un sentido moral, puede ser usada para la opresión.

La interacción cotidiana con los sistemas informáticos, tanto en nuestro trabajo como para nuestro solaz, deja tras de sí una gigantesca marea de datos que revelan mucho de nosotros: ideas, ambiciones, deseos, gustos, necesidades, preferencias, situación personal, familiar, laboral y escolar, etcétera. De ellos se aprovechan libre y gratuitamente las corporaciones y los gobiernos, utilizándolos como materia prima que alimenta algoritmos de todo tipo, desde los más

simples y obvios hasta los que aspiran a saber más de nosotros que nosotros mismos. Llegados a ese extremo, se insinúan en nuestras vidas con sutileza y frialdad predisponiendo nuestras elecciones. Creemos vivir todavía en libertad, pero en buena medida se trata ya de una libertad asistida que no es auténtica, pues no solo auxilia sino que controla. Poco a poco y de manera creciente nos vamos abandonando al ofrecimiento de elegir sin responsabilidad: nos sometemos a las decisiones de las máquinas aceptando que ellas resuelvan nuestro destino.

Nos hallamos ante un nuevo poder tecnocrático que aspira a la omnipresencia y la omnisciencia. Que decide por nosotros lo mismo en aspectos de nuestra vida personal que en el manejo de los asuntos públicos que la democracia deposita en cada ciudadano: «La técnica ha dejado de ser instrumental para convertirse en una *hybris* irrefrenable que altera ontológicamente al ser humano. Entra en su interior y lo resignifica, cambiando su disposición a encarar su existencia desde la confianza en sí mismo. Le hace vivir, como ya sabemos, una libertad asistida que lo devuelve a la infancia», explica Lassalle.

En esa situación de puerilidad, en el rechazo a la responsabilidad sumado al temor ludita, el ofrecimiento de una mínima garantía de existencia por parte de un Leviatán tecnológico, a cambio de la plena aceptación y en reemplazo de la democracia, puede resultar atractivo para las generaciones temerosas y descontentas, necesitadas de tutela. Se tratará de un paternalismo tecnológico que, basado en sus datos y cálculos, nos invitará a una vida con lógica, exenta de los fallos y dudas característicos de cualquier decisión humana y que a nadie rendirá cuentas éticas de sus decisiones. Un totalitarismo digital que erradicará la democracia e impondrá una administración cibernética, irrefutable en su lógica. La humanidad, infantilizada, será su cómplice y víctima.

Es una amenaza real y, dada la velocidad con que ocu-

rran los cambios tecnológicos en nuestros días, poco menos que inminente.

José María Lassalle lanza en este libro un necesario grito de alarma ante la aparición de ese ciberleviatán que por momentos parece inevitable. Parece, pero no es. El auténtico valor de la obra está en el planteamiento de lo que la humanidad puede hacer para evitarlo. La posibilidad de aprovechar la tecnología sin renunciar a ella. Propone, a grandes rasgos, que la democracia liberal establezca un nuevo pacto entre el hombre y la técnica. Un pacto que asegure la libertad y no la aceptación incondicional, que proteja la propiedad de los datos y establezca nuevos derechos digitales para una «ciudadanía aumentada», que dé sentido humanista a las máquinas. En estas páginas, Lassalle, el discípulo de Locke, hace un guiño a Hobbes: propone un pacto para la libertad.

¿Seremos capaces de construir esa solución cuando las grandes potencias —Estados Unidos, China y Rusia— parecen enfilarse complacidas hacia esa distopía de absoluto control digital que cosifica al ser humano? La respuesta, una vez más, está en el liberalismo. En un liberalismo tecnológico.

La vocación primera del liberalismo es limitar el poder. Ahora debe limitar el poder tecnológico. El liberalismo tecnológico, aplicado a través de un Estado mínimo pero capaz de regular, será humanista. Tendrá la tarea de rescatar al ser humano de la confusión cibernética y volver a ubicarlo como medida de todas las cosas. Pondrá la técnica verdaderamente al servicio de la ciudadanía y de la democracia, como herramienta del ideal humano: ser libres para responsabilizarnos de nuestro destino.

El ciberleviatán es solo una de las caras del poder totalitario en el siglo XXI. Hay varias otras, mutaciones de los viejos sistemas opresivos del siglo XX. Quienes pensamos alguna vez que la batalla por la libertad estaba ganada, no imaginamos este múltiple resurgimiento. Pero de nada vale

lamentarse. Hay que comprender y actuar. A eso nos invita el libro de Lassalle.

ENRIQUE KRAUZE
abril de 2019

UNA INTRODUCCIÓN NECESARIA

Una figura destaca sobre el horizonte de incertidumbres, malestares y miedos que acompaña el comienzo del siglo XXI. Se trata por ahora de una silueta por definir. Una imagen que todavía no refleja con exactitud sus contornos pero que proyecta una inquietud en el ambiente que nos previene frente a ella. Su aparición delata un movimiento de alzada vigorosa, que lo eleva sobre la superficie de los acontecimientos que nos acompañan a lo largo del tránsito del nuevo milenio.

Envuelta por un aliento de energía sin límites, su forma va adquiriendo volúmenes titánicos en los que se presiente la desnudez granítica de una nueva expresión de poder. Con sus gestos se anuncia el reinado político de un mundo desprovisto de ciudadanía, sin derechos ni libertad. Una época que asistirá a la extinción de la democracia liberal. Que instaurará una era mítica a la manera de las que imaginó Hesíodo, hecha de vigilancia y silencio, habitada por una raza de humanos sometidos al orden y a la seguridad. Un mundo de fibra óptica y tecnología 5G, dominado por una visión poshumana, que desbordará y marginará el concepto que hemos tenido del hombre desde la Grecia clásica a nuestros días.

El mundo evoluciona a lomos de la revolución digital hacia una nueva experiencia del hombre y del poder. Una evolución que parte de una resignificación del papel del ser humano debido a la introducción de un vector que lo transforma radicalmente. La causa está en la interiorización de la

técnica como una parte sustancial de la idea de hombre¹. Esta circunstancia se desenvuelve dentro de un marco posmoderno que da por superadas las claves que definió la Ilustración filosófica del siglo XVIII bajo el rótulo histórico de la Modernidad. Jean-François Lyotard explicó a finales de la década de los setenta del siglo pasado que la condición posmoderna era el final de las grandes narrativas que habían interpretado el mundo dentro de un relato coherente de progreso y racionalidad. Para este autor la estructura intelectual de la Ilustración era insostenible debido, precisamente, a los avances técnicos y los cambios posindustriales que propiciaban las telecomunicaciones de la sociedad de la información. Estas circunstancias hacían que el humanismo, y la centralidad que atribuía este al hombre, hubiera sido desplazado como eje de interpretación del mundo por una visión científica que lo subordinaba a la técnica y a su voluntad de poder².

La revolución digital en la que estamos inmersos en la actualidad hace cada día más palpable la condición posmoderna. Y, sobre todo, contribuye a una reconfiguración del poder que está gestando una experiencia del mismo a partir de una voz de mando que es capaz de gestionar tecnológicamente la complejidad de un mundo pixelado por un aluvión infinito de datos. Hoy, los datos que genera internet y los algoritmos matemáticos que los discriminan y organizan para nuestro consumo son un binomio de control y dominio que la técnica impone a la humanidad. Hasta el punto de que los hombres van adquiriendo la fisonomía de seres asistidos digitalmente debido, entre otras cosas, a su incapacidad para decidir por sí mismos.

Esta circunstancia hace que la humanidad viva atrapada dentro de un proceso de mutación identitaria. Un cambio que promueve una nueva utopía que transforma su naturaleza al desapoderar a los hombres de sus cuerpos y sus limitaciones físicas para convertirlos en poshumanos programables algorítmicamente, esto es, seres trascendentalmen-

te tecnológicos y potencialmente inmortales al suprimir sus anclajes orgánicos³. Un cambio que adopta un proceso previo de socialización que hace de los hombres una especie de enjambre masivo sin capacidad crítica y entregado al consumo de aplicaciones tecnológicas dentro de un flujo asfixiante de información que crece exponencialmente⁴.

La experiencia de la posmodernidad va descubriendo de este modo no solo la naturaleza fallida de la Ilustración que describió tempranamente Lyotard, sino el fracaso de los relatos que la fundaban en toda su extensión. Destacando de entre todos ellos el político, pues, como veremos, la institucionalidad de los gobiernos democráticos y la legitimidad de las sociedades abiertas de todo Occidente se encuentran en una profunda crisis de identidad. Se ven cuestionadas en sus fundamentos por la sustitución de la ciudadanía como presupuesto de la política democrática por multitudes digitales que allanan el camino hacia lo que Paul Virilio describió como «la política de lo peor»⁵.

Todos estos factores son los que están contribuyendo a que emerja esa figura titánica que describíamos más arriba y que adopta el rostro de una dictadura tecnológica. Una especie de concentración soberana del poder material que descansa en la gestión de la revolución digital. Gestión que ofrece orden dentro del caos y seguridad en medio de la época de catástrofes que acompaña la mutación que estamos viviendo a velocidad de vértigo. El protagonista político del siglo XXI ya está con nosotros. Todavía no ejerce su autoridad de manera plena pero va haciéndose poco a poco irresistible. Acumula poder y crece en fuerza. Se insinúa bajo modelos distintos —China y Estados Unidos son los paradigmas—, que convergen alrededor de los vectores que impulsan su desarrollo: la inteligencia artificial (IA), los algoritmos, la robótica y los datos.

Avanzamos hacia una concentración del poder inédita en la historia. Una acumulación de energía decisoria que no necesita la violencia y la fuerza para imponerse, ni tampoco

un relato de legitimidad para justificar su uso. Estamos ante un monopolio indiscutible de poder basado en una estructura de sistemas algorítmicos que instaaura una administración matematizada del mundo. Hablamos de un fenómeno potencialmente totalitario que es la consecuencia del colapso de nuestra civilización democrática y liberal, así como del desbordamiento de nuestra subjetividad corpórea. Se basa esencialmente en una mutación antropológica que está alterando la identidad cognitiva y existencial de los seres humanos. La digitalización masiva de la experiencia humana, tanto a nivel individual como colectivo, comienza a revestir el aspecto de una catástrofe «progresiva, evolutiva, que alcanza la Tierra entera».

Lo sorprendente del fenómeno es que no se percibe en la opinión pública con tintes negativos sino todo lo contrario. Se interpreta como algo positivo a pesar de que «lleva al brusco desmantelamiento de gran cantidad de adquisiciones jurídico-políticas» que fueron «edificadas sobre los poderes del entendimiento humano, la capacidad de decisión, el derecho fundamental a la contradicción y el de la preservación de la parte sensible que nos constituye»⁶.

Este proceso que describimos está llevando a cabo una sustitución progresiva de lo que fuimos y somos todavía. El objetivo, consciente o no, parece orientado hacia inaugurar una nueva época absolutamente digitalizada. Una época que se funda en un pacto semejante al que el pensamiento iusnaturalista de los siglos XVI y XVII diseñó para justificar el nacimiento del Estado y que Hobbes utilizó para teorizar sobre el Leviatán moderno. Para el iusnaturalismo, el poder nacía de un contrato social igualitario que los hombres formalizaban renunciando a su poder original en favor de un Estado que les garantizaba sus derechos naturales a la vida, la libertad o la igualdad. Ahora, el contrato social del que surgirá el nuevo Leviatán posmoderno supone una renuncia de los seres humanos a la garantía analógica de esos derechos, pero a cambio de que se vean asistidos en su nueva

identidad por una técnica que crece exponencialmente en su poder de acción y les promete la utopía de un paraíso digital.

Por otra parte, el contrato que incuba el nacimiento de ese Leviatán tecnológico, a diferencia del diseño de legitimación pensado por los iusnaturalistas, no es igualitario sino jerárquico. Probablemente sea el resultado de una confluencia de varios actores e intereses. De un lado, un tecnopoder que forma la élite innovadora y las grandes corporaciones que sustentan el capitalismo cognitivo basado en la economía de los datos que monetiza el uso eficiente de estos. De otro, las multitudes digitales que se integran dentro de las coordenadas de los dispositivos de control y normalización que maneja la revolución tecnológica.

El siglo XXI continúa su andadura bajo el presentimiento de que es inevitable la aparición de un Ciberleviatán⁷. Sobre sus espaldas se entrevé cómo se ordenará la complejidad planetaria que sacude nuestras vidas y que libera oleadas de malestar e incertidumbres que amenazan las estructuras clásicas de un *statu quo* que se volatiliza por todas partes. Lo más probable es que el Ciberleviatán se instaure por aclamación, a la manera de la dictadura pensada por Carl Schmitt. Mediando un pacto fundacional sin debate ni conflicto, como el producto de una necesidad inevitable y querida si se quiere preservar la vida bajo la membrana de una civilización tecnológica de la que ya nadie puede desprenderse para vivir.

Estaríamos ante un pacto surgido de la urgencia de gobernar de modo eficiente la superación tecnológica del caos analógico en el que nos encontramos y que afecta a la política mundial, a la economía global y a la propia sostenibilidad de un planeta con demasiado ruido a nuestro alrededor. El objetivo del nuevo contrato social sería alinear bajo un poder único y centralizado tecnológicamente una nueva idea de soberanía. Esta se articularía combinando